

SERMON

DE

LAS LLAGAS DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

(DE AUTOR ANONIMO)

Ostendit eis manus et latus..... gavisus sunt discipuli.

Les mostró las manos y el costado,
y se gozaron los discípulos viendo al
Señor.

Joan, XX, in cap XX.

Y por fin, tristes pensamientos míos, ¿cuándo pondréis término á mi padecer? ¿Cuándo, por piedad, dejareis de atormentar á mi pobre alma con la incertidumbre de su futura, feliz ó desgraciada suerte? No contentos con tenerla envuelta entre las sombras de una tenebrosa noche, la agítáis y la combatis también en desecha tempestad; y la levantaís hasta lo alto, asegurándole que Dios misericordioso la salvará; y la deprimís hasta lo sumo diciéndole que sus pecados la precipitarán hasta el hondo abismo; y la infeliz afligida alma mia no sabe á que onda tener por amiga, ni á cual tener como contraria. Creo que justamente la atormentáis; porque ¿quién no teme y tiem-

bla á la consideracion de esta sola pregunta: ¿me salvaré? Pero alma mia, reposa y descansa en el seno de una tranquila calma, pues con un puerto se te presenta donde te puedas abrigar. *Ostendit eis manus et latus*; y hé aquí el puerto; hé aquí la tierra firme donde puedas poner el pié con seguridad y recobrarte: las llagas de Jesucristo y su divino costado. Porque, ciertamente, ¿con qué fin re-tuvo Jesucristo en su glorioso cuerpo sus santísimas llagas? No con otro sino con el de manifestarlas á los ojos de su Eterno Padre, para manifestárselas á sí mismo y para manifestarlas á los ojos de los pecadores. Manifestándolas á los ojos del Eterno Padre, aplaca su ira; manifestándolas á sí mismo recuerda su mediacion, y manifestándolas á los ojos de los pecadores, aviva su confianza. Y aplacada por medio de las sacratísimas llagas de Jesus la cólera del Padre; y por las mismas excitada en Jesus su compasion para con los pobres pecadores; y avivada en los pecadores la confianza, ¿cómo puede ser que mi alma no se tranquilice y que mi corazon no se dilate con aquella alegría que dilató y llenó de gozo el de los discípulos, cuando viendo resucitado á su Maestro les manifestó sus llagas? *Ostendit eis manus et latus, gavisus sunt discipuli*. Si la incertidumbre, pues, de tu salvacion te atormenta, alma mia, sírvate de consuelo en el exceso de tu consideracion, que Jesucristo, allá en el cielo, aparece llagado de piés y manos y con el costado abierto. Imploramos la gracia del Espiritu Santo por medio de María para poder decir algo, de lo que son las sacratísimas llagas de Jesucristo para con el Eterno Padre, para con el mismo Jesucristo y para con los pobres pecadores. Saludemos, pues, á María con el Angel.

La paz, la tranquilidad, el reposo eterno y perpétuo que reina allá en los cielos, nadie más podría turbarlo;

ni nadie más podría conmooverlo ni alterarlo, que el grande Gigante, el atrevido incircunciso del pecado mortal. Si el mismo Dios fuera capaz de conmooverse ó por la indignacion, ó por la ira, nada lo conmooveria más, nada lo alteraria más, ni nada lo heriria más que la presencia de este áspid venenoso, de este fiero basilisco, al que una sola mirada le bastó para convertir en negros tizones á las más nobles criaturas, y cargar de cadenas á la más noble raza que descender pudiera del jardin del Eden. Es el pecado mortal la más atroz injuria que hace el hombre á Dios, á quien vuelve desdeñoso las espaldas para abrazarse de la vil asquerosidad de las criaturas: es un atentado tan horrendo, que si Dios, por la sublimidad infinita de su sér inalterable, no estuviese como está, colocado en un grado tan alto de perfeccion, que no puede recibir daño, se lo haria, se lo causaria el pecador pecando, y lo heriria con mortal herida, si el arco perverso de su voluntad pudiese dirigir tan alto sus mortales dardos. Porque así como el amor que una alma tiene á Dios es de tal naturaleza, que si Dios no fuera perfectamente dichoso y bienaventurado, la alma con su fervor lo haria bienaventurado y dichoso; así, y no de otra manera, es tanta la malignidad del pecado, tan torva es su mirada y su veneno tan sutil, que si Dios pudiese perder todos los bienes de que es dueño absoluto, y la misma vida, el pecado le quitaria la vida y con ella todos los bienes.

No tenemos que dudarlo, señores. Si Dios estuviera sujeto á las pasiones de ira y de indignacion, el pecado sobre toda otra cosa, seria el más propio y el único que lo alteraria, como que es el único que inmediatamente se dirige contra él. *Manum suam ostendit, et contra omnipotentem roboratus est.* Y ¿qué seria de nosotros que tantos y tan enormes y con tanta malicia cometemos al dia? ¿Y cómo lo podriamos aplacar? ¿Y cómo quitariamos de sus manos el arco para que no arrojase sobre nosotros sus saetas, y sus saetas encendidas? Pero gracias infini-

tas sean dadas ahora y siempre á las llagas sacratísimas de Jesucristo, en las que tenemos un escudo con que poderarnos defender, y las que ha conservado el mismo Jesucristo para mostrarlas al Padre, con el fin de quitarle de las manos los rayos con que justamente nos debía castigar su mano justiciera.

En efecto: aun en el cuerpo de Jesucristo no aparecian esas gloriosas señales; pero no solo, ni aun el Hijo Eterno del Padre aparecia cubierto de esta piel del pecador, y ya la memoria sola de ellas suspendia el movimiento del brazo vengador. Si, en lo más terrible de su ira, cuando el horno de su furor atizado por tanto ultraje de los hijos de Adán, extendia sus llamas como queriendo devorar toda la tierra, se acordaba de ésta su misericordia que le habia prometido al género humano, y en el momento se aplacaba. ¿Y cuál era esta misericordia? No otra que Jesucristo. Si, al recordar á Jesucristo que con su carne habia de limpiar nuestra carne, luego se aplacaba, y repentinamente un iris de paz y de serenidad circundaba el terrible majestuoso trono, que no podia ni debia sino despedir rayos de ira, furor y venganza en contra de todos los hijos de Adán.

Y si esto era allá miles de años antes que Jesucristo apareciera en esta tierra de maldicion..... y si esto era allá miles de años antes que este Hombre Dios, obediente á la palabra de un verdugo, se tendiese sobre la cruz, extendiese los brazos y pusiese sus manos y piés para que fuesen clavados, ¿qué será hoy? ¿Qué será hoy que ya vino, que apareció en traje de pecador, que padeció, murió, resucitó, subió á los cielos y sentado á la diestra de su Padre le manifiesta sus llagas? La sola memoria de todo esto cubria su trono de un hermosísimo iris de paz, ¿qué será su realidad? Firmemente creo, señores, que en virtud de estas sacratísimas llagas, y aunque he pecado con pecado muy grande, me salvo de las penas del infierno; y creo firmemente que á la hora de mi muerte, yo mismo y con mis propios ojos he de ver á mi Dios Sal-

vador, y por toda una eternidad he de gozar de su presencia. ¿Y por qué es tanta mi confianza? Porque Jesucristo conserva en la presencia de su Eterno Padre sus sacratísimas llagas. Y así como yo espero salvarme, espero se salvarán todos los pecadores por las llagas de Nuestro Señor Jesucristo.

En efecto, fué acusado Antipatro Idumeo ante Herodes, de un grave delito: ya iba á sufrir la última pena; y con tanta severidad, que la mediacion de las personas más respetables y caracterizadas nada pudo conseguir del príncipe, ni nada todas las súplicas y recomendaciones de todos sus amigos. Pero visto esto por Antipatro, lleno de la confianza que le inspiraba su valor, tomó la resolución de presentarse él mismo delante de Herodes, y desnudándose delante de él, le manifestó las heridas con que habia sido señalado en la guerra por sostener la gloria de su imperio. "César, le dijo, yo no vengo á tu presencia á defender con embustes y con palabras estudiadas mi causa; basten estas heridas, que por sostener sobre tu cabeza la corona, saqué, presentando en la guerra el pecho desnudo; hablen ellas á mi favor; baste que dirijas á ellas una mirada para que entiendas bien su mudo, pero elocuente lenguaje; y para aplacar en tí esa cólera, que ha encendido en tu corazon el delito de que estoy acusado: *Ista vulnera quæ suscepí pro te, loquantur pro me.*" Hé aquí nuestro caso, mis amados oyentes: no uno, sino innumerables son los delitos que nos constituyen reos ante el tribunal divino: haciendas dilapidadas, iglesias profanadas, prójimos aborrecidos y sacramentos despreciados. El Eterno Padre, para satisfacer los ultrajados derechos de su justicia, ya está para disparar el dardo, para fulminar la fatal sentencia de nuestra condenacion. Verdad es que se han interpuesto para alcanzar el perdón, los piadosos sacerdotes, que con voz triste entonian cánticos de penitencia entre el atrio y el altar; y los santos nuestros abogados, que ya seguros de su salvacion, viven solícitos de la nuestra. Pero por más que así co-

mo del incienso y de las víctimas se levanta el religioso humo, así se eleven hasta el trono divino sus oraciones y súplicas, el Eterno Padre siempre sigue enojado en contra de nosotros, porque la nube de nuestros pecados que se interpone á sus oraciones es más densa y casi impenetrable. Desesperada, pues, sería nuestra suerte, si el Hijo Unigénito, acercándose á su Padre Eterno, no se desnudase el pecho, rogándole que vuelva benigno una mirada á su lado derecho; y ciertamente, ¿de qué manera tan elocuente no hablan á nuestro favor aquel costado abierto y aquellos piés y manos horadadas? Es tanta su virtud, que el Dios de las venganzas se aplaca y su ira encendida se adormece y casi queda extinguida.

Yo, señores, considero y contemplo esas sacratísimas y preciosísimas llagas: yo considero y contemplo su virtud; y suspenso en esta consideracion, se me representan en un aspecto agradable, aquellos crueles ministros, que clavaron las manos y los piés del Redentor, y aquel atrevido soldado que con dura lanza le traspasó el costado. Verdad es que su atentado es horrible y execrado; pero también es verdad que por otra parte nos prepararon grandes bienes en las llagas de Jesucristo. Y bien podemos decir de ellos lo que San Agustin decia de Herodes: que con las caricias y con los regalos no hubiera favorecido tanto á los niños de Belen, como los favoreció con la persecucion y con el hierro, porque de la cuna los hizo pasar al seno del Eterno Padre; y de Edon al cielo con sus vestiduras teñidas en la inocente sangre. Los verdugos y Longinos nos favorecieron más siendo crueles y desapiadados, que si hubieran sido humanos y compasivos. Porque Longinos abriendo con su desapiadada lanza aquel santísimo costado, hizo salir agua y sangre, que son los dos sacramentos del Bautismo y de la Eucaristia con que la Iglesia, nuestra madre, nos amamanta y nos nutre; aquellas llagas sacrosantas, reflejando como rayos en el puro y limpio espejo del corazon del Eterno Padre, despiden chispas del más tierno amor en favor de los pecadores.

Pero, ¿y qué os podré decir de la ventaja que nos resulta de que Jesucristo haya conservado sus santísimas llagas para fijar el mismo en ellas sus ojos? Este es el segundo fin porque las conservó, para mostrarlas á sus ojos y acordarse de su meditacion. El Eterno Padre, amados oyentes, mandó á su Hijo al mundo para que reconciliase á los hombres con Dios, y restituyese aquella paz, aquella concordia y atase aquellos dulces nudos que habia roto el pecado de Adán. Nos dice el Apóstol: *Reconciliavit sibi per Christum*. Fué lo más conveniente que el Padre encomendara á su hijo este negocio porque, como observa San Ambrosio, siendo oficio del mediador estar en medio de las dos partes opuestas, igualmente está obligado por parte de las dos; y él solo, como Dios al mismo tiempo que como hombre, era propio para este oficio, porque con aquella naturaleza podía tratar con el hombre acerca de los intereses de Dios, y con ésta podía satisfacer á Dios por los delitos del hombre. Y que cumplió perfectamente con este ministerio que se le encomendó no tiene duda, pues reconcilió lo más alto con lo más bajo, la criatura con el Criador, á Dios con el hombre; y volvió á establecer entre Dios y el hombre aquella hermosísima y recíproca union que habia desaparecido por el pecado del primer hombre. Por lo que San Pablo, escribiendo á los de Efeso, no duda decirles: “Vosotros, que estabais lejos de Dios, estais ahora cerca de él por Jesucristo, el cual es vuestra paz, que unió dos naturalezas en una persona.” Y hé aquí por qué tambien debéis bendecir vuestra suerte, porque él, ni despues de su muerte ni de su resurreccion, ha dejado este oficio que se le encomendó en el momento de su Encarnacion, sino que todavia lo tiene y lo desempeña sentado á la diestra de su Padre, y aquellas llagas que con placer mira impresas en su cuerpo, le son un estímulo de oro para acordarse de que somos fruto de su pasion y de su sangre. Y si esto es así, ¿cómo nos podrá dejar perecer, cuando le hemos costado un precio tan grande? Seria lo mismo entonces que dejar perder la uti-

lidad de su muerte, y haber consumido inútilmente su fortaleza.

En efecto, señores, reducir á cenizas por medio de llamas de fuego que movian del cielo ciudades enteras; ahogar con un diluvio de agua á cuantos eran prevaricadores en el mundo, pudo una vez ejecutarse por su justicia, porque para criar al hombre solo le habia costado un soplo. Pero cuando para redimirlo se ha sujetado á una terrible muerte, á una muerte de cruz; cuando le ha convenido sorber hasta la última gota del amarguísimo cáliz de los tormentos de su pasion, ¿cómo podrá castigar? Bien es que los ve cargados de los mismos pecados; pero las penas mismas que sufrió lo detienen para que no los castigue. Mucho le conmueve considerar que tiene que destruir imágenes, que si bien están desfiguradas por su malicia, le han costado, sin embargo, tantos desprecios, ignominias tantas, para que hermosas y bellas algun día, apareciesen en su presencia y fuesen de su Real casa el más precioso adorno. Semejante á una madre que recordando los acerbos dolores que sufrió al parir á su recién nacido, lo mira con ojo tierno y se esmera en el cuidado de guardarlo y de criarlo; así Jesucristo, al recordar que en medio de tantos tormentos nos salvó en el duro lecho de la cruz, nos considera como una parte de él mismo, y nos quiere herederos y compañeros de su gloria.

No hay, pues, pecador, prevaricador alguno no hay, de quien no se pueda esperar, por la virtud del divino mediador, la enmienda de sus corrompidas costumbres. Lloraba Jeremías como casi inevitable la perdición de Israel, y convertidos sus ojos en dos fuentes de lágrimas, las derramaba amargamente sobre aquel pueblo infeliz, creyéndolo incapaz de que pudiera mudar sus caminos pésimos. Pero el grande Dios, para desengañarlo de su error, le puso á la vista un vaso, y despues de haberle hecho observar que siendo aquel un vaso ya formado, él á su voluntad lo trasformaba en un vaso mejor, le dijo: ¿Y qué otra cosa es en mis manos el hombre sino un va-

so de tierra? Si el hombre se entregó á la culpa, ¿por qué no le podré yo reformar con mi gracia? *Num quid sicut figules, iste, non potero facere Israel?* Si, dulcísimo Redentor mío, vos podeis suavemente mudar estos vasos de ira en vasos de misericordia; no teneis necesidad más que de una gota de aquella sangre que brota de vuestras llagas y se derrama de vuestro costado; pues así como una sola gota habria sido bastante para borrar los pecados de toda la tierra, así es superabundante para borrar los míos y los de todos los hombres.

Y ciertamente, ¿quién nos sacó con mano fuerte y brazo extendido de la servidumbre del demonio y del pecado? ¿Quién nos llevó á los pies de sábios ministros á vomitar el veneno de nuestros pecados? ¿Quién nos hizo derramar amargas lágrimas, nos ablandó el corazón con la contrición y nos lo quebrantó é hizo pedazos? ¿No fué la fuerza de su pasión cuyo mérito se nos aplicó? ¿No fueron aquellas llagas sacrosantas, las saludables fuentes anunciadas por Isaías, en las cuales quedó limpia nuestra alma? ¿Qué motivo, pues, tenemos de segura confianza de encontrarlas abiertas cuando llegue el término de nuestros días, y en aquellos agujeros abiertos en la piedra guardar nuestras almas! *Erit fons patens domus Domini.*

Sin embargo, me parece que muchos, revolviendo en su entendimiento sus enormes pecados, serenar no saben su espíritu envuelto en un torbellino de tristeza, de duda y de desconfianza. ¡Oh Dios, los oigo decir, que nuestros pecados exceden con mucho á las arenas del mar! Me edifica ciertamente ¡oh amados pecadores! este vuestro temor; y la aprensión que os atormenta es para mí una señal de que el temor de vuestra salvación es como un puñal que llevais clavado al costado y que continuamente os pinza. Pero levantad vuestras cabezas, porque Jesús, aun despues de resucitado, retiene en su cuerpo sus sacratísimas llagas á fin de mostrarlas á vuestros ojos para avivar con ellas nuestra confianza.

El padre San Bernardo, oyendo una vez á David, que casi muerto por la pena, exclamaba: ¿A dónde iré, Señor, para verme libre de vuestra cólera? En el cielo os veo Omnipotente, en el infierno tomando venganza. ¿Sabéis á dónde, dice dicho Padre, á las llagas de Jesucristo que está para nacer de tu sangre; aquí dentro fabrica tu casa, aquí pon tu nido, y no dudes encontrar allí aquella venturosa suerte que tocó á Moysés y á Aron, los cuales, seguidos por el pueblo, se refugiaron en el tabernáculo de la alianza, y allí encontraron la nube del Señor, la cual los envolvió y cubrió. *Ubi tuta et firma securitas? in vulneribus Salvatoris.* Otro tanto os digo yo á vosotros, que tristes y melancólicos por tantas culpas que habeis cometido, os abandonais en los brazos de una negra pena y casi desesperais de vuestra salvación. Apartad por un momento los ojos de vuestra conciencia, por todos lados asquerosa, ora por tantas perversas inclinaciones, ora por tantas malas inveteradas costumbres; volvedlos á las Llagas del Salvador, y os sucederá lo que al pastor que teme y tiembla al ver disperso su ganado al trueno del rayo y al impetu del granizo que se desprende de una negra nube que oscurece el cielo; pero que se manifiesta alegre y contento cuando enrareciendo los rayos del sol los humores condensados forman un hermoso iris.

Yo he cometido un grande pecado, decia humildemente el mismo padre San Bernardo. ¿Qué haré? Se turbará mi conciencia, pero no se perturbará: *Turbabitur, sed non perturbabitur;* se turbará por la contrición, pero no se turbará por la desesperación. Porque yo me acordaré de las llagas de mi Salvador, y veré por la llaga del costado el cordial amor con que me compró. Sí, no hay culpa, por grande y digna que sea de muerte, que por la muerte de Jesucristo no se borre. “Así el Santo, quien luego me recuerda aquella famosa piscina de agua prodigiosa dividida en cinco pórticos, que se gloriaba de tener Jerusalem dentro de sus muros. Era tanta su fama, que de las partes cercanas y más remotas se conducia á los enfermos

para su curacion: pues mas que las de esa piscina, son prodigiosas las llagas del Salvador. Porque aunque la multitud de enfermos que á ella concurrían era inmensa, uno solo en cierto determinado tiempo del año era el afortunado que quedaba curado, y era aquel, que primero que cualquier otro, bajaba al baño, cuando por el ángel del Señor eran agitadas las aguas. Pero de estas sagradas fuentes las gracias se obtienen, no solo en un tiempo determinado, sino en todo día y en toda hora; no se dá la sanidad á uno solo, sino á cuantos ocurren con confianza, ni hay necesidad que del cielo descienda alguno de aquellos bienaventurados espíritus para dar el movimiento á las aguas, porque el Angel del testamento las contiene en sí.

Si; pero ¿cómo nos podremos atrever á ocurrir á aquellas llagas que nosotros mismos con nuestras propias manos hemos abierto con tantos pecados? ¿Con qué valor podemos acercarnos á ellas cuando doblemente crueles hemos añadido dolor á dolor y llagas á llagas? ¿Con qué valor? Con el que nos da el dulce nombre de Salvador. ¿Quién tenía mayor motivo de temer que el hijo pródigo, el cual brutalmente se había envilecido despues que abandonó á su padre? ¿Quién mejor podia desconfiar de ser misericordiosamente recibido, cuando más bien impulsado de la necesidad que del arrepentimiento vuelve á la casa paterna? Y con todo, dice San Pedro Crisólogo, él no desconfía, no teme; y si bien humilde, pero tambien con franqueza, se presenta animado de la consideración de que era su Padre: *Ea spe, ea fiducia, quia Pater est.* ¿Para qué preguntarme, pues, con qué valor nos podremos acercar al costado del Salvador? *Ea spe, ea fiducia, quia Pater est:* os basta saber que él es Jesus, que él es vuestro Salvador. Este nombre, que es más suave que el aceite, basta para alentaros, aunque seais los más grandes pecadores.

Y en efecto, ¿qué movió á la Magdalena á esperar el perdón de sus culpas? El solo saber que aquel á quien

ocurría era Jesus: *Ut cognovit quod Jesus esset.* No consideró, advierte el pontífice San Gregorio, que el era un Dios de Majestad, delante de quien tiemblan los ángeles: un Dios de santidad que tiene horror á las almas impuras y un Dios de justicia que castiga á los pecadores. Estas reflexiones le habian turbado, desalentado y atemorizado. Entre todas las cualidades de Mesías, no consideró otra que aquella de ser Jesus: *Ut cognovit quod Jesus esset;* como si dijese: Yo estoy perdido, pero él es el Salvador; yo estoy enferma, pero él es el médico; yo soy esclava, pero él es el Redentor. Con esta consideracion toma valor, una viva confianza la anima, y no quedó engañada. Valor, pues, amados pecadores, corred á las llagas de Jesus, corred con la Magdalena, corred con Tomás. Aquella os enseñó el camino, éste os lo abrió, con meter las manos en su sagrado costado.

Y ahora si ya creo, amados oyentes, que cada uno de vosotros habrá comprendido el fin que me movió en esta tarde á tratar este hermosísimo asunto, el cual, ciertamente, bien considerado, no es para dar valor á los pecadores para que voluntariamente vuelvan á las culpas que hace poco han detestado, sino solo para animarlos á que tengan confianza en las llagas del Redentor, y aun cuando por fragilidad humana de nuevo vuelvan á caer. Sí, amados hermanos míos, me atrevo á deciros con San Juan: *Hæc scribo ut non peccatis;* os he hablado de este asunto para que no volváis á pecar. Sí, amados hermanos míos, yo os exhorto, yo os ruego, yo os conjuro para que no volváis á ofender á nuestro Dios, á no corresponder con una negra ingratitud á aquel infinito amor que al morir os manifestó. *Sed si quis peccaverit, advocatum habemus apud patrem, Jesum Christum;* pero si por desgracia alguno vuelve á quebrantar la ley santa, jamás piense entregarse al desesperado pensamiento de que no alcanza el perdón, porque tenemos por abogado para con el Padre á Jesucristo su Hijo.

Este, amados oyentes, ha sido el fin inventado por mí

en este asunto; pero como suele suceder, que de la misma flor que la abeja saca la dulce miel, la serpiente chupa el mortal veneno; si alguno hay entre vosotros que de aquí tome argumento de presunción, sepa éste, si, sepa éste, que aquellas sacratísimas llagas que para el pecador convertido son vida y salud, para los obstinados y presuntuosos, son muerte y condenación. Una cosa es recurrir á las llagas del Salvador, después de haber pecado, y otra pecar, porque nos queda el recurso á las llagas del Salvador. Lo primero es pedir humildemente que se borre nuestra iniquidad; lo segundo, es pretender arrogantemente que nuestra iniquidad se proteja y se fomente. El borrar, ha de ser en honor de las llagas del Salvador; el proteger y el fomentar sería destruir el fin que se propuso en conservarlas. Si él, pues, ha querido con la vista de sus llagas excitar la gratitud de los hombres é imprimir en su entendimiento una alta idea de la enormidad del pecado, ¿cómo podrá ser lícito cometer nuevas culpas para abrirlas de nuevo? Esto sería lo mismo que dar una alta idea de la culpa.

Miserables, pues, de vosotros, hombres presuntuosos y malvados, que bebeis como agua la maldad, lisonjeándoos de que en virtud de la sangre del Cordero derramada por vosotros os será perdonado vuestro pecado. Verdad es que la sangre de Jesucristo debe ser aquello en que, desalentado por la consideración de sus pecados, debe poner sus esperanzas cualesquiera que, convertido, considera, y considerando vuelve al corazón. Porque si la sangre de un cordero derramada para teñir el umbral de las puertas, tuvo virtud para embotar la espada del ángel vengador, ¿cómo no la tendrá la sangre de un Hombre Dios, y sangre derramada para curar nuestras llagas? Pero entre tanto que el voluptuoso persista en sus placeres, en sus ódios el vengativo, en sus glorias el ambicioso y en sus murmuraciones el detractor, deben justamente temer que la sangre de Jesucristo y sus preciosas llagas le sirvan de afrenta.

Vosotros lo sabeis, cayó la sangre de Jesucristo sobre los pecadores convertidos: *Laverunt stolas suas in sanguine agni*; invocaron sobre sí mismos esta misma sangre los herejes obstinados: *Sanguis ejus super nos*. ¿Y qué se siguió? Para los primeros fué un baño saludable; para los segundos la sangre invocada fué una tempestad de granizo. La misma sangre, como allá el fuego en el horno de Babilonia, tuvo discernimiento para distinguir á unos y á otros, y supo limpiar á los convertidos y sumergir á los contumaces. ¿Podreis, pues, presumir el seguir en vuestros vicios y después salvaros? ¡Infelices! Más bien sucederá que así como la sangre de Abel gritó venganza al cielo en contra de su hermano Caín, así la sangre del Salvador gritará venganza contra vosotros al trono del divino Padre.

Por tanto, amados hermanos míos, movido de compasión y de celo por la salvación de vuestras almas, os ruego que hagais de las llagas del Redentor aquel santo uso que os he indicado, teniendo mucho cuidado de no profanarlas con inmunda planta. Pasa el blanco cordero por una clara fuente y sale más blanco; pasa el inmundo animal y sale más sucio; la simplicidad de los corderos os conduzca á aquellas fuentes y saldreis más puros y más blancos que los corderos.—*ASI SEA.*

SERMON DE LA GLORIA

PREDICADO A LA

SOCIEDAD CATOLICA DE SEÑORAS DE IRAPUATO

FOR EL

SR. PBRO. D. GABINO CHAVEZ

Venite benedicti Patris mei; possidete paratum vobis regnum.

Venid, benditos de mi Padre; poseed el reino que os está preparado.

Math., XXV, 34.

Salomon, hermanas mías, hijo de David, fué uno de los reyes más grandes, más poderosos, y el más sabio de cuantos hombres han existido sobre la tierra. Sentado en el trono desde antes de la muerte de su padre, habia sido educado por él en el santo temor de Dios; y el Señor, que le quería disponer para grandes cosas, le apareció una noche en sueños, diciéndole que le pidiese lo que quisiese. Salomon le pidió la sabiduría, y el Señor se agradó tanto de esta petición, dice la Sagrada Escritura, que se la concedió abundantísimamente. Fundó Salomon en Jerusalem un templo al Dios de Israel, que fué el más magnífico de todo el universo. Mantuvo su reino en una paz, en una abundancia y en una tranquilidad que nun-

ca se habian visto en Jerusalem. La asombrosa magnificencia de su rey atraía un continuo concurso de extranjeros que venian á ver tantas maravillas y admirar la gran sabiduría del soberano. Eran tales las riquezas de Salomon, que tenia cuarenta mil pesebres para los caballos de sus carros y doce mil caballos de montar. La reina de Sabá, que tuvo noticia de tantas magnificencias, fué á la corte de Salomon para convencerse por sus propios ojos de tanta prosperidad, de tanta paz y de tanta riqueza; y al contemplar tanta grandeza y al admirar su gran sabiduría, la magnificencia de su palacio, los ricos manjares de su mesa, las habitaciones de sus criados y los ricos vestidos de sus ministros, estaba como fuera de sí, dice la Sagrada Escritura; y dijo al rey: "Verdadero es cuanto oí de vos allá en mi tierra, y no creía á los que me contaban estas cosas, hasta que he venido y visto por mis ojos, y he visto que no me dijeron ni una mitad. Tu sabiduría y tu gloria son mayores que lo que se me contó. Dichosos tus súbditos y tus servidores, que están siempre delante de ti y escuchan tu sabiduría."

Nosotros, hermanas mías, venimos á contemplar una patria mucho más tranquila y pacífica que Israel, bajo el reinado del sucesor de David. Venimos á admirar una ciudad muchísimo más dichosa que Jerusalem en tiempo de Salomon, y un reino mucho más glorioso, mucho más noble, mucho más feliz, y sin comparación más rico que el reino del rey más sábio del universo. Pensaréis sobre él cuanto queráis, meditaréis sobre sus grandezas cuanto os sea posible, y oiréis sus alabanzas y encomios. Pero hermanas mías, cuando algún día, como la reina de Sabá, tengáis la dicha de entrar con vuestros piés en aquella ciudad eterna, y palpar con vuestras propias manos las riquezas y la magnificencia de aquel reino celestial, solo entonces podreis medir sus grandezas; solo entonces podreis admirar su verdadera gloria y exclamaréis con dulces transportes: "Gloriosas cosas se han dicho de tí, ¡oh ciudad divina! mas yo no he sabido lo que eres en

realidad hasta que he venido, hasta que he tenido la dicha de ser uno de tus felices moradores. Cierto es lo que de tí he oído decir allá en mi tierra; pero aun es muy superior la realidad á todo cuanto allá se decía." Si, hermanas mías, entonces arrebatadas de admiración y llenas de dulce asombro, conoceréis las grandezas del reino de Dios y extáticas en un goce sublime, en una alegría divina que nunca acaba, solo entonces podreis formaros un juicio exacto de las delicias del cielo. Todo lo que podamos decir aquí del cielo es tan poco, tan insuficiente, que quizá sería mejor guardar un absoluto silencio y suspirar en el secreto de nuestra alma por esa felicidad inmensa é infinita que sabemos nos espera, si vivimos conforme á la ley del Señor. Nuestro entendimiento es tan corto, nuestro lenguaje tan limitado, que todas nuestras concepciones no alcanzan á daros una idea exacta de la gloria, ni nuestras palabras llegan á expresar algo que sea digno de este asunto. No extrañéis, pues, que hoy sea más breve que otras veces. Voy á haceros tres reflexiones: la primera sobre la gloria del alma en el cielo; la segunda sobre la gloria del cuerpo, y la tercera sobre la divinidad de la gloria. En estos tres puntos comprenderé lo que debo deciros hoy de aquel reino feliz de bendición que está preparado á los justos, y al que el mismo Jesucristo los introducirá con estas dulcísimas palabras: *Venite, benedicti Patris mei, possidete paratis vobis regnum.*

PRIMERA REFLEXION.

No hay duda, hermanas mías, que el rey Salomon era una figura muy viva de Nuestro Señor Jesucristo. El era

hijo de David como nuestro divino Salvador; tenía una sabiduría mayor que la de todos los hombres, y Nuestro Señor Jesucristo era el Verbo de Dios y la Sabiduría increada. Tenía un reino rico, feliz y floreciente, y el Salvador tiene, no solo el reino de la Santa Iglesia, sino el reino feliz, el reino dichoso y bienaventurado de la gloria, infinitamente más noble, infinitamente más rico é infinitamente más precioso que todos los reinos de la tierra. Y así como en el infierno, amadas hermanas mías, Dios ha puesto en juego todo su poder para atormentar á los réprobos, reuniendo sobre ellos toda especie de males, así también en el cielo usará cumplidamente de su omnipotencia para premiar á los justos, y reunirá sobre ellos toda especie de bienes. El alma del justo, colocada en el cielo, hermanas mías, gozará de una paz, de una dicha y de una calma tan grandes, tan tranquilas y tan sublimes, que mi pobre lengua no sabe cómo decirlo ni cómo expresarlo. Allí el alma se verá en un estado de reposo que nada altera, en una santa tranquilidad que nada es capaz de turbar. Ve satisfechos sus deseos, cumplidas sus aspiraciones, colmados todos sus votos. Se mira tan dichosa, feliz y rica, que ningún cuidado la turba, ninguna pena la entristece, ningún desasosiego la inquieta, ninguna cosa le falta. Está sumergida en Dios, anegada en Dios, abismada en la inmensidad de Dios; y al contemplar aquella soberana hermosura y aquella inmutable belleza que el tiempo no consume, al sentirse inundada de aquel torrente de luz divina, que derrama en todo el cielo la esencia de Dios, al mirarse consumida por aquel fuego inmenso que derrama su calor por todos los ámbitos de la gloria, extática, inflamada y trasportada en su arrobamiento perpétuo, dirá á su Dios: "Basta ya, Señor, basta ya. No somos ya capaces de soportar tanta alegría." Pero el Señor le dirá: "Alma querida, amada mía, no quieras poner coto á mis bondades. Yo te ayudaré, yo mismo te ensancharé para que seas capaz de los nuevos gozos y nuevas alegrías." Y al pronunciar el rey

de la gloria estas palabras, un golpe súbito de nueva luz alumbró el alma; nueva calidad que da Dios á los justos, la de hacerles capaces de contemplar su divina esencia. Al recibir el alma esta luz divina que la circunda y la rodea por todas partes, le parece que todo el cielo ha cambiado de aspecto, porque por todas partes resalta un nuevo tinte de belleza y armonía. A su frente ve la esencia de Dios como un cristal lucidísimo que despide por todas partes vivos resplandores, y se siente al mismo tiempo sumergida en ese clarísimo cristal que la envuelve y estrecha en su seno; y al sentir esta penetración de la divinidad, sus potencias se dilatan y ensanchan de una manera prodigiosa; un gozo celestial se apodera de ella, la llena una dulzura infinita; una alegría eterna y un deleite inefable se apoderan de ella, y anegada y como perdida en la esencia de Dios, goza en un punto de toda la dicha del paraíso. Allí nada teme ni nada espera; satisfecha con una hartura celestial, ve cumplida colmadamente su felicidad. Enteramente saciada con la aparición de la gloria de Dios, constantemente suspira por él y constantemente se ve satisfecha. Continuamente tiene hambre de esta vianda divina y continuamente la saborea. Se ve perpétuamente abismada en él, deseando siempre ardientemente la posesión de Dios, y siempre le está poseyendo del modo más completo, más tranquilo y más feliz. ¡Oh Dios mío! ¿Cuándo tendremos la dicha de ser participantes de este torrente de deleites? ¿Cuándo veremos tu rostro cara á cara como es en sí, y ya no con enigmas ni figuras? Ah hermanas mías, son tantas, tales y tan grandes las riquezas del cielo, son tan inefables sus grandezas y tan incomprensibles sus secretos, que el grande apóstol San Pablo, arrebatado al cielo en su vida mortal, no sabía, á pesar de su ingenio y de su elocuencia, decírnos de él otra cosa; sino que ni el ojo vió ni el oído oyó, ni el entendimiento humano puede jamás comprender lo que prepara Dios á los que le aman en esta vida. Despues de estas palabras del Apóstol ¿qué os puedo yo

decir? Os he hecho una tosca y ligera pintura de la gloria del alma al verse inundada de la esencia divina, pero me resta aun deciros algo acerca de la beatitud del entendimiento y de la voluntad en el cielo. Nuestro entendimiento, hermanas mías, con la vision divina saldrá de los estrechos límites que aquí la contienen, y en la misma esencia de Dios, como en un purísimo espejo, llegará á unos conocimientos sublimes á que jamás pudo tocar aquí abajo, no solo en el órden natural, sino en el órden sobrenatural. Conocerá las leyes que rigen el universo, el número y órden de todos los astros, las causas de todos los fenómenos de la naturaleza, y finalmente tendrá un completo conocimiento de toda la creación, y su sabiduría será sin comparación mucho mayor que la de Salomón. Por lo que hace á la voluntad, como su fin y todo su objeto es amar, estará siempre ocupada en el amor quieto, inmutable y pacífico de Dios. Presentándosele la Esencia divina como el centro de toda su actividad, como el objeto más hermoso y amable, y el único amable, le amará sin cesar, sin desfallecimiento, sin fatiga, con complacencia, con tranquilidad, con sosiego, llena de contento, colmada de alegría, satisfecha con hartura.

Le amará sin cansarse jamás, le amará siempre con más ardor, le amará con todas sus fuerzas; y en su amor inmenso é inmutable, en este amor quieto y tranquilo, encontrará siempre la voluntad, el gozo más puro, la alegría más cumplida, y su única, eterna y verdadera felicidad. ¡Ah, hermanas mías, qué grande es la gloria que el Señor os tiene preparada; qué rica, qué feliz y qué preciosa! Gloria que llenará cumplidamente todos vuestros deseos, colocará vuestra alma en el verdadero lugar de su dicha; llenará vuestro entendimiento de una ciencia y sabiduría á que en esta vida jamás se podrá llegar, y satisfará vuestra voluntad llenándola del amor sumo, del amor perpétuo, del amor inmutable y verdadero que es Dios.

Pero ¿y el cuerpo, hermanas mías, este fiel compañero

del alma, que le acompaña en sus penas, le auxilia en sus deseos y le ayuda en sus virtudes, no tendrá también en el cielo su especial recompensa? Si la tiene, señoras, y muy grande. Dios, tan liberal y tan magnífico, no ha podido en manera alguna dejar sin premio sus servicios.

SEGUNDA REFLEXION.

En efecto, hermanas mías, el cuerpo, compañero inseparable del alma, y formado expresamente por Dios para componer un todo completo, que es el hombre, participa en el cielo de una manera muy entera de la gloria del cuerpo. Toda aquella alegría, todo aquel gozo celestial que inundará el alma del elegido, redundará también en bien de su cuerpo, y le hará igualmente feliz y dichoso. Siendo Dios el fin, no solo del alma, sino de todo el hombre, todo él ha de ser saciado cuando aparezca su gloria, y la posesión perfecta de la divinidad será para el cuerpo un manantial de consuelo y de gratas sensaciones que la lengua humana no sabe cómo expresar. En la sola posesión de la esencia de Dios hay unos placeres puros, infinitos, que dan á todos los sentidos del hombre, purgados ya de pesadez, y espiritualizados, por decirlo así, después de la resurrección universal, la más cabal, cumplida y perfecta separación. Comenzando por el tacto: tan cruelmente atormentado este sentido en los réprobos

con el fuego del infierno, será suavísimamente recreado en el cielo con aquella luz de gloria que lo llenará, que lo estrechará y lo bañará todo. En esa luz clarísima estarán contenidas las sensaciones más suaves, dulces y delicadas con que el tacto espiritual puede estar satisfecho. La vista..... ¡ah, hermanas mías! la vista será dulcísimamente deleitada con la contemplación de esa ciudad celeste, de ese reino beatísimo descrito por el apóstol San Juan en su Apocalypsis. Pero sobre todo, ¡qué dicha será ver á sus moradores tan felices, tan tranquilos, tan hermosos y en tanta multitud, que el Evangelista dice que son una turba inmensa que nadie puede contar. Allí estarán los antiguos patriarcas y los santos profetas, y todos los justos de la ley antigua; allí estarán radiantes de gloria los mártires, ostentando aun las señales de las heridas que recibieron por el nombre de Jesucristo; allí estarán reunidos con ellos y los doce apóstoles, los coros innumerables de los confesores y de las vírgenes, ostentando un gozo eterno y una belleza celestial. Pero sobre todo, hermanas mías, ¡qué consuelo y qué alegría no nos causará el contemplar con nuestros propios ojos á la Virgen Maria, Madre de Dios y Reina de los cielos! Allí la descubriremos rodeada de una luz purísima y copiosísima, sentada como en un trono más elevado que los de los ángeles y de todos los santos! Se presentará á nuestra vista con toda su hermosura, con toda su soberana belleza, con esa augusta majestad que corresponde á la Madre de Dios, unida á la dulcísima suavidad de la que es nuestra Madre. Y nos acercaremos á ella llenos de júbilo infinito, y postrados ante sus sacratísimos pies, solicitaremos como una gracia preciosa besarlos con nuestros labios; mas la Virgen Santísima, no contenta con concedernos ese favor, nos levantará con un ademán soberano, y llamándonos á su seno y estrechándonos en sus brazos, nos dirá: "Ven, alma dichosa, ven, hija mía, á gozar los deleites de la casa del Señor; ven á recibir el premio de tus virtudes, y á alabarle y ensalzarle para siempre."

¡Qué alegría sentiremos, hermanas mías, cuando contemplemos de esta manera á la Virgen Maria y oigamos sus dulcísimas palabras! Mas no es esto todo; no acaba aquí nuestro consuelo y la alegría de nuestro corazón; porque despues comparecerémos ante la Humanidad sacratísima de Nuestro Señor Jesucristo. ¡Qué gozo tan inmenso será para nosotros contemplar á este dulcísimo Salvador, que nació, vivió y padeció por nosotros en la tierra! ¡Qué consuelo sentiremos tan grande al vernos en la presencia de nuestro Dios, de nuestro Padre, de nuestro amigo, de nuestro Maestro, de aquel Señor á quien servimos en la tierra, de aquel dulcísimo Jesus á quien tantas veces recibimos en nuestro pecho, oculto bajo el velo de los accidentes! ¡Qué consuelo sentiremos al ver sus piés y sus manos y su sacratísimo costado, marcado aun con las señales gloriosas de las llagas que recibió en la cruz por nuestro amor! Pero además de la vista, hermanas mías, el oído tendrá tambien en el cielo sus satisfacciones especiales. La armonía sublime de las alabanzas divinas, cantadas por los ángeles y por los santos, resonará alegremente en nuestros oídos, causándoles una alegría tan inefable, un placer tan puro y tan perfecto, que todas las armonías de la tierra y todos los más bellos cantares del mundo no serán absolutamente nada en su comparación. El olfato será suavísimamente recreado con el divino aroma que llenará toda la ciudad celestial y que supera á los perfumes más preciosos de la tierra. Todos los sentidos, recreados, satisfechos y perfectamente saciados, se verán con todo el cuerpo en la posesion de la felicidad más pura y completa. Mas, para que nuestro cuerpo, hermanas mías, se haga capaz de gozar por medio de los sentidos, de toda la beatitud del cielo, le concede Dios liberalmente cuatro cualidades, que le quitan, por decirlo así, toda su materialidad, y le hacen en cierta manera un cuerpo espiritual, como dice San Pablo. Estas cuatro cualidades, que se llaman dotes de la gloria, son: la claridad, la impassibilidad, la sutileza y la agilidad. Por la

claridad, el cuerpo del bienaventurado se verá rodeado de una clara luz, tan suave, que, no solo no ofende la vista, sino que la recrea admirablemente, y al mismo tiempo tan viva, que el sol, que tanto nos admira, parecerá á su presencia un cuerpo oscuro. Será, como un cuerpo de luz que ilumina y alegra la Sion celestial; arrojará continuos resplandores que aumenten su hermosura y su belleza, y hagan regocijar á los dichosos compañeros de su dicha. Por la impassibilidad, hermanas mías, el cuerpo del justo se hace insensible á todos los dolores, á todos los tormentos; bien podriais colocarlo en un volcan, y no se mudará ni padecerá, ni se alterará de ninguna manera. Premiado ya con la inmortalidad, no hay para él enfermedad ni causa alguna de muerte; ha perdido la corruptibilidad, y todos los agentes nocivos del universo no le podrian hacer jamás el menor daño. La sutileza le hace tan delgado, tan aéreo y vaporoso, que podrá penetrar por en medio de todos los cuerpos, y atravesar, no solo una puerta, sino una pared y aun la montaña más áspera. Penetrará con igual facilidad en los planetas y en las estrellas y podrá pasearse por las entrañas de la tierra como se pasean las aves al traves de los campos, sin que se lo impida el aire. La agilidad dará al cuerpo una rapidez tan prodigiosa para moverse, que igualará la velocidad del pensamiento. En un momento bajará del cielo á la tierra; se hallará en un instante en un punto del universo, y en el instante siguiente se encontrará quizás en el extremo opuesto. De esta manera, hermanas mías, este vasto universo que nuestra vista no alcanza á reconocer; estas distancias inmensas, que asombran nuestra imaginacion, y esa innumerable multitud de estrellas que nos admiran y son otros tantos soles regados en el espacio por la mano de Dios; todo eso, digo, será para nosotros, cuando estemos en el cielo, un paseo, una diversion y nuestro entretenimiento. Todo lo podemos por medio de las cuatro cualidades de que os he hablado, y que Dios dará al cuerpo de los justos como una parte de la

recompensa de su fidelidad y de sus trabajos. De esta manera, hermanas mías, el cuerpo tendrá en el cielo su bienaventuranza como el alma, ambos serán dichosos, ambos felices, y todo el hombre encontrará en la gloria, su dicha y sus felicidades. Pero ¿cuánto tiempo duran estos goces? ¿Hay alguna época en que los bienaventurados dejen de habitar el cielo y de saborear sus delicias? Véamoslo en la última reflexión.

TERCERA REFLEXION.

Hermanas mías, si los justos en el cielo llegaran alguna vez á entender que su felicidad habia de tener término; si llegaran á sospechar que su gozo se habia de interrumpir, aunque fuese despues de una duracion equivalente á millares de siglos, toda su dicha se desvaneceria en un punto, y aun se convertiria en la mayor desgracia, porque, en efecto, despues de conocido un bien, tememos más su pérdida, y habiendo experimentado los bienaventurados todo lo que son las dulzuras del cielo, nunca podrían consolarse de tener que perderlas. Esto quiere decir, hermanas mías, que así como el infierno, si no fuese eterno, dejaria de ser infierno, de la misma manera la gloria dejaria de serlo si alguna vez tuviese fin. Pero nada de esto debemos temer, hermanas mías, porque los premios que Dios nos ha prometido son eternos, y mil veces se nos asegura así en las divinas Escrituras.

Ya os he explicado, hablando del lugar de las penas, lo que es la eternidad: un momento indivisible, pero perpétuo, único é inmutable. Así, pues, hermanas mías, guardaos de pensar que en el cielo alguna vez nos fatigaremos de ver siempre los mismos objetos, de oír las mismas armonías, de aspirar los mismos aromas. Estos pensamientos, hermanas mías, son el fruto de una imaginacion loca y desarreglada. La eternidad no es más que un momento en que nada pasa, nada se muda, nada se altera. No hay en ella ayer ni mañana, ni antes ni despues, sino que todo es un hoy perpétuo, un ahora inmutable que durará siempre. En ese instante de la eternidad se acabará el mundo, perecerán las naciones y los reinos, y aun pudiera Dios criar y aniquilar otros millares de mundos que durara cada uno muchos siglos, y la eternidad estará siempre en su primer momento, en ese instante único y feliz que colma nuestros deseos y sacia completamente nuestro corazon. ¡Qué grandes somos, hermanas mías, cuando nos consideramos á la luz de la eternidad! ¡Qué grandes parecemos á nuestros propios ojos cuando consideramos que estamos llamados á gozar de Dios por una duracion igual á la de Dios! Así los justos en el cielo, hermanas mías, darán continuamente gracias á Dios porque los hizo tan grandes, tan ricos y tan poderosos; bendecirán mil veces los trabajos pequeños de la vida, que tanto nos admiran y les han valido tanta gloria. Allí se exhortarán unos á otros para redoblar sus cánticos y alabanzas al Dios que tan magnífico y liberal se ha mostrado para con ellos; y los que tenían entre sí los vínculos del parentesco, de la amistad y otros, se abrazarán y felicitarán por haberse reunido en ese venturoso lugar donde todos son eternamente hermanos, porque todos son eternamente hijos de Dios, donde todos viven como amigos, donde todos son habitantes del mismo reino y moradores de una misma ciudad. Allí la hija y la madre, la hermana y el hermano se unirán en un vínculo infinitamente más puro para alabar á Dios de concierto y tribu-

tarle juntos sus homenajes. Tal es el cielo, hermanas mías, tal es ese lugar venturoso que Dios ha fabricado desde el principio del mundo para que sea nuestra eterna morada; tales son las delicias inefables que tiene el Señor preparadas para los que le aman.

Pero, hermanas mías, á pesar de cuanto os he dicho, á pesar de todo cuanto habeis oído, haced cuenta de que no habeis escuchado nada, porque ya os previne desde un principio que en esta materia muchas veces dice más el silencio que las palabras, y más vale esperar con confianza, que escudriñar con presuncion. Sin embargo, yo espero que mis palabras, y más que todo, las consideraciones que todo este día habeis hecho, hermanas mías, han terminado, no en una contemplacion estéril de las riquezas del reino de Dios, sino en una resolucion firme y sincera de emprender una vida edificante y fervorosa, conforme al estado de cada una para arribar felizmente al puerto de la bienaventuranza. Vosotras creéis que al dejar la consideracion de la gloria eterna que nos espera para el último de los días de este santo retiro, no se tiene otro fin más que dar una especie de desahogo, y conceder, por decirlo así, á nuestro ánimo, un día de reposo y alegría, despues de los penosos ejercicios y de las consideraciones afflictivas de los otros días. No os niego, hermanas mías, que ese fin es bueno y puede tomarse tambien en cuenta. Pero si juzgais que la meditacion de la gloria es una especie de diversion para cerrar el santo tiempo de ejercicios, estais muy equivocadas. La consideracion de la bienaventuranza eterna es como el cumplimiento de todas las demás. Allí vemos como llegamos á nuestro fin, y cuán grande mal es el pecado que nos separa de tanto bien. Allí veréis qué feliz es la muerte, cuán benigno el juicio de Dios para el justo que pasa á la gloria, y cuánto más terrible es para el pecador que es excluido de ella. Y además; no es justo que despues de que hemos excitado en vuestros corazones el temor de Dios en las pasadas meditaciones, procuremos al fin excitarnos á su

amor y al agradecimiento á sus bondades? Por eso, pues, os exhorto, hermanas mías, para acabaros de resolver seriamente á una vida vigilante y fervorosa. ¿Os ha parecido tan pequeña la gloria, que no merezca que trabajemos un poco y hagamos algunos esfuerzos por conseguirla? Animáos, pues, hermanas mías, animáos á ser de aquí en adelante lo que debéis ser, para dejar de ser siempre lo que hasta aquí habeis sido. Escribid mañana los propósitos que habeis hecho en estos ejercicios. Os encargo que no sean muchos, porque no les volveréis á hacer caso, ni muy generales, porque os serian inútiles. Así, ninguna debe decir: me emendaré de mis pecados, haré una vida fervorosa, evitaré las ocasiones de pecar y comulgaré con frecuencia. Esto, hermanas mías, os lo repito, de nada os servirá, porque por la misma vaguedad de vuestras expresiones, al prometer mucho, en realidad nada prometeis. Sean cuatro ó cinco vuestros propósitos, y de cosas particulares que comencéis á practicar desde que salgais de aquí. Aunque me tildeis de minucioso, como deseo ardientemente vuestro aprovechamiento, voy á proponeros el modo de formar vuestros propósitos para que rocojais de ello copioso fruto. Una joven, hija de familia, puede escribir así: Primero; tendré todos los días un cuarto de hora por lo menos de meditacion, luego que me levante ó cuando venga á misa, y no la he de omitir aun cuando no pueda, ni sepa y me cause mucho fastidio. Segundo; me propongo ser muy obediente á mi padre, madre ó superiores, acordándome, cuando me manden alguna cosa, que ocupan para mí el lugar de Dios en la tierra. Para esto procuraré ver en la persona de mi padre á Nuestro Señor Jesucristo, y en la de mi madre á la Virgen Maria, y me acordaré de que Dios me ha de castigar en el infierno si soy desobediente. Tercero; procuraré ser muy devota de la Virgen Maria, mirarla como á mi Madre muy amada, rezarle todos los días un rosario, considerando toda la semana sus quince misterios, cuyo orden aprenderé de memoria, y hacerle un obsequio todos las

sábados, visitándola en uno de sus templos ó buscando un acto de humildad ó de mortificación en su honor, aunque sea muy pequeño. Cuarto; me confesaré cada quince días ó cada semana, segun me diga mi director, á quien manifestaré todas mis faltas con mucha exactitud, y le diré que me encamine á la virtud, porque deseo hacer una vida santa y perfecta. Quinto y último; haré todas las noches, antes de acostarme, un ligero exámen de las faltas de todo el día, me doleré de ellas y me propondré enmendarme otro día, ayudada de su divina gracia. De este modo, hermanas mías, podreis formar y escribir vuestros propósitos, aunque no sean precisamente esos los que debais hacer, pues deben variar en cada una segun el estado de vuestra alma. Respecto de las hermanas que pertenecen á otro estado diferente del de hijas de familia, tal vez no necesiten de mis pobres advertencias. Sin embargo, por si alguna las necesita, pueden hacer así sus propósitos. Me propongo con la gracia de Dios, digan: Primero; elegir un director, si es preciso á parte de mi confesor, á quien confiarle el cuidado de mi alma, procurando que reúna estas tres cualidades: que sea instruido, prudente y celoso del bien de las almas, y le manifestaré mi resolución de hacer una vida más perfecta y le obedeceré ciegamente. Segundo; me apartaré de la ociosidad y de las visitas ociosas ó inútiles, aplicando precisamente dos horas en la mañana y dos en la tarde, ó el tiempo que cada una juzgue más conveniente, al trabajo de manos, que me ocupará y servirá para recoger mi espíritu disipado. Tercero; combatiré constantemente contra tal vicio que me domina, verbi gracia, la ira, la vanagloria ó la murmuración, y llevaré exámen diario sobre este punto. Cuarto; haré todos los días media hora de meditacion en la mañana en la iglesia, y media hora en la noche antes de entregarme al descanso, y nunca la omitiré bajo ningun pretexto, y si la omitiere, la pagaré en otra hora. De esta manera, hermanas mías, habeis de ordenar vuestros propósitos, á los que dareis exacto cumplimiento; y de

no hacerlo así, es lo mismo que si no hubiéseis hecho los ejercicios. Os lo repito, esos propósitos de: "seré mas buena, llevaré una vida arreglada, etc.," no valen en la práctica absolutamente nada. Os vuelvo á suplicar que los escribais, y la práctica que os asigno este dia es, que siempre que comulgueis, antes de dar gracias, los renovéis delante de Jesucristo con todo vuestro corazon, y no vagamente, sino leyéndolos tales como mañana los escribais.

Ahora, habiendo concluido, solo nos resta implorar el perdón de Dios y pedirle su gracia. Dulcísimo Jesus, que lleno de bondad y de magnificencia, has preparado esas eternas delicias de tu gloria para los que te aman, dignate hacernos aborrecer el pecado, que es el único obstáculo que nos impide entrar en tu reino celestial; aquí vienen tus hijas á tu presencia, á suplicarte que te dignes aceptar las mortificaciones que te ofrecen en union de tus propios dolores, y recibir la contrición de sus pecados y de su arrepentimiento en los brazos de tu misericordia, para que purificando sus almas, limpiando sus conciencias y purgándolas de todas sus manchas, merezcan por fin hacerte eternamente compañía en las delicias inefables de tu gloria.—ASI SEA.